

Plaza pública

para la edición del 9 de mayo de 1996

Chinchulines

Miguel Ángel Granados Chapa

Aunque la Academia Española ofrece de chinchulines una definición gastronómica (tripas menudas), en la picaresca mexicana se denomina de esa manera a las ladillas de las ladillas, esos parásitos que se alojan en las partes vellosas del cuerpo humano, cuya mordedura es molesta en extremo, y cuyo tamaño milimétrico los hace muy difíciles de localizar y extirpar. Metafóricamente, entonces, los chinchulines significan una molestia lacerante y de la que no es fácil, y quizá ni posible, desembarazarse.

De ese modo, es exacto el mote con que los sufridos habitantes de Chilón, un municipio del norte de Chiapas, han bautizado a una banda armada, con fines políticos, que asuela la región desde hace por lo menos ocho años. El fin de semana pasado, en torno de *Los chinchulines*, se generaron jornadas sangrientas y de violencia extrema, que se veían venir y que por desdicha no se agotaron entonces: Está abierta la posibilidad de que nuevas agresiones ensombrezcan aun más el oscuro panorama que vive sobre todo la población de lengua tzeltal, que es la mayoritaria en el lugar.

El sábado 4 de mayo, cientos de ejidatarios fueron copados en un cruce de caminos por miembros de *Los chinchulines*, ofendidos por el resultado de una asamblea

en que participaron los campesinos impedidos de volver a su lugar de origen. El hecho sirvió de telón de fondo, aunque no necesariamente esté relacionado, con otros de mayor gravedad que se suscitaron el domingo 5 de mayo: el jefe de aquel grupo armado, y tres de sus compañeros, fueron asesinados por personas desconocidas, aunque *Los chinchulines* atribuyeron los homicidios a los ejidatarios demorados en la víspera, perredistas por añadidura, y lanzaron contra ellos una ofensiva en que perdieron la vida dos personas más, y dos docenas de casas y vehículos fueron incendiados. Aunque no pasó a mayores en ese caso, el ataque de *Los chinchulines* incluyó el asedio violento a conventos de jesuitas y de hermanas Mínimas de María Inmaculada, que atienden una escuela en Bachajón, uno de los poblados del municipio de Chilón.

Los chinchulines se agrupan formalmente en la Organización Juvenil Independiente, que a su vez se integra en el Frente Cívico Luis Donaldo Colosio, del PRI, si bien el presidente estatal de ese partido lo deslindó de toda intervención en estos sucesos. Lo cierto es que desde hace unos ocho años Los chinchulines agravian y atemorizan con sus armas y prepotencia a la comunidad. Se han iniciado varias averiguaciones previas, que no prosperaron porque el ministerio público prefiere no meterse en problemas, aunque los pidezca la población.

La presión permanente de *Los chinchulines* en Chilón se agravó con motivo de las elecciones de octubre del año pasado, en que el ayuntamiento fue

ganado por el PRD. El grupo paramilitar ha hostigado desde entonces a las autoridades, y el 14 de abril pasado de plano tomó el palacio municipal. Aunque a fines de mes, y por presión de la gente común que se aprestaba a celebrar en el centro de Chilón la festividad del santo patrono del pueblo, san Juan Nepomuceno, el gobierno del estado negoció con *Los chinchulines* que abandonaran la sede del ayuntamiento, el grupo armado continuó en posesión del inmueble.

El líder del grupo, Gerónimo Gómez Guzmán, fue asesinado en su casa en la tarde del domingo pasado, mientras comía. Lo ultimaron a tiros y machetazos, presumiblemente campesinos perredistas. Su domicilio, y su ferretería GGG fueron incendiadas. Dos de sus seguidores, Carlos Gómez López y Reynaldo Gómez Guzmán salieron en persecución de los asesinos, y fueron muertos también ellos. Otro miembro del grupo apareció muerto poco después, sin que se sepa todavía en que circunstancias fue asesinado. En respuesta, los perredistas Sebastián Gómez Feliciano y Gerónimo Hernández Demeza fueron también ~~asesinados~~ ^{ultimados}. Según informes extraoficiales, el cadáver de este último apareció entre las ruinas de su casa incendiada, con las manos atadas y un balazo en el cráneo.

La furia de tal modo desatada, que debe recibir las severas sanciones que impidan su multiplicación, no ha cesado por completo. A pesar de que tardamente la dirección de seguridad pública envió efectivos al lugar de los trágicos hechos, la tensión no ha cesado. Están bajo amenaza personas ya atacadas, como los miembros

del Centro de Derechos Indígenas, y especialmente su presidente, el sacerdote jesuita José Avilés. Perros muertos dejados a las puertas de sus domicilios, las propias puertas untadas con excremento, agresiones verbales transformadas recientemente en amenazas, son señales de un hostigamiento nunca soslayable, pero menos en las actuales críticas circunstancias.

La ira armada que se desató el domingo en la tarde llegó hasta la misión jesuita, a cuyo local se le prendió fuego, que pudo ser controlado rápidamente. Lo mismo ocurrió en el dispensario y convento de la madres de María Inmaculada. El obispo coadjutor de San Cristobal, don Raúl Vera, no pudo entrar el lunes por la mañana en Bachajón, pues se lo impidieron *Los chinchulines* enardecidos por el asesinato de su líder y compañeros.

Por supuesto no abogando sólo por los miembros de su orden, pero sí con base en el conocimiento cercano de la situación que deriva de que sus hermanos estén en riesgo, el provincial de los jesuitas, don Mario López Barrio, dirigió anteayer una carta al Presidente Zedillo "en su calidad de garante del orden constitucional", y haciendo suya la angustia de las familias indias y mestizas, "para que se detenga el saqueo y quema de sus hogares, el daño económico y moral, y se evite la muerte y las heridas psicológicas de estos hermanos nuestros".

Para infortunio de todos, la violencia política que llega al asesinato, sólo de vez en cuando pasa de ser un acontecimiento banal. Además de lamentar los homicidios ya ocurridos en Chilón y demandar el castigo a quienes los cometieron, es preciso evitar que se repita el domingo sangriento que sufrió ese lugar.

PLAZA PÚBLICA
MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

Chinchulines

Seis asesinatos en un domingo trágico, por enfrentamientos políticos, en un poblado chiapaneco cercano a Ocosingo, uno de los que se estremecieron directamente con la insurrección zapatista de 1994, no pueden ser vistos como si no importaran.



Aunque la Academia Española ofrece de chinchulines una definición gastronómica (ya que es un vocablo quechua que designa a las tripas menudas), en la picaresca mexicana se denomina de esa manera a las ladillas de las ladillas, esos parásitos que se alojan en las partes vellosas del cuerpo humano, cuya mordedura es molesta en extremo, y cuyo tamaño milimétrico los hace muy difíciles de localizar y extirpar. Metafóricamente, entonces, los chinchulines significan una molestia lacerante y de la que no es fácil, y quizá ni posible, desembarazarse.

De ese modo, es exacto el mote con que los sufridos habitantes de Chilón, un municipio del norte de Chiapas, han bautizado a una banda armada, con fines políticos, que asuela la región desde hace por lo menos ocho años.

El fin de semana pasado, en torno de *Los chinchulines*, se generaron jornadas sangrientas y de violencia extrema, que se veían venir y que por desdicha no se agotaron entonces: está abierta la posibilidad de que nuevas agresiones ensombrezcan aun más el oscuro panorama que vive sobre todo la población de lengua tzeltal, que es la mayoritaria en el lugar.

El sábado 4 de mayo, cientos de ejidatarios fueron copados en un cruce de caminos por miembros de *Los chinchulines*, ofendidos por el resultado de una asamblea en que participaron los campesinos impedidos de volver a su lugar de origen. El hecho sirvió de telón de fondo, aunque no necesariamente esté relacionado, con otros de mayor gravedad que se suscitaron el domingo 5 de mayo: el jefe de aquel grupo armado, y tres de sus compañeros, fueron asesinados por personas desconocidas, aunque *Los chinchulines* atribuyeron los homicidios a los ejidatarios demorados en la víspera, perredistas por añadidura, y lanzaron contra ellos una ofensiva en que perdieron la vida dos personas más, y dos docenas de casas y vehículos fueron incendiados.

Aunque no pasó a mayores en ese caso, el ataque de *Los chinchulines* incluyó el asedio violento a conventos de jesuitas y de hermanas Mínimas de María Inmaculada, que

atienden una escuela en Bachajón, uno de los poblados del municipio de Chilón.

Los chinchulines se agrupan formalmente en la Organización Juvenil Independiente, que a su vez se integra en el Frente Cívico Luis Donald Colosio, del PRI, si bien el presidente estatal de ese partido lo deslindó de toda intervención en estos sucesos. Lo cierto es que desde hace unos ocho años *Los chinchulines* agravan y atemorizan con sus armas y prepotencia a la comunidad. Se han iniciado varias averiguaciones previas, que no prosperaron porque el Ministerio Público prefiere no meterse en problemas, aunque los padezca la población.

La presión permanente de *Los chinchulines* en Chilón se agravó con motivo de las elecciones de octubre del año pasado, en que el ayuntamiento fue ganado por el PRD. El grupo paramilitar ha hostigado desde entonces a las autoridades, y el 14 de abril pasado de plano tomó el palacio municipal. Aunque a fines de mes, y por presión de la gente común que se aprestaba a celebrar en el centro de Chilón la festividad del santo patrono del pueblo, san Juan Nepomuceno, el gobierno del estado negoció con *Los chinchulines* que abandonaran la sede del ayuntamiento, el grupo armado continuó en posesión del inmueble.

El líder del grupo, Gerónimo Gómez Guzmán fue asesinado en su casa en la tarde del domingo pasado, mientras comía. Lo ultima-

El provincial de la Compañía de Jesús en México, padre Mario López Barrio, escribió al Presidente de la República no sólo en defensa de sus hermanos atacados y amenazados, sino de las familias indias y mestizas que han perdido seguridades y tranquilidad.

ron a tiros y machetazos, presumiblemente campesinos perredistas. Su domicilio, y su ferretería GGG fueron incendiadas. Dos de sus seguidores, Carlos Gómez López y Reynaldo Gómez Guzmán salieron en persecución de los asesinos, y fueron muertos también ellos. Otro miembro del grupo apareció muerto poco después, sin que se sepa todavía en que circunstancias fue asesinado. En respuesta, los perredistas Sebastián Gómez Feliciano y Gerónimo Hernández Demeza fueron también ultimados. Según informes extraoficiales, el cadáver de este último apareció entre las ruinas de su casa incendiada, con las manos atadas y un balazo en el cráneo.

La furia de tal modo desatada, que debe recibir las severas sanciones que impidan su multiplicación, no ha cesado por completo. A pesar de que tardamente la dirección de seguridad pública envió efectivos al lugar de los trágicos hechos, la tensión no ha cesado. Están bajo amenaza personas ya atacadas, como los miembros del Centro de Derechos Indígenas, y especialmente su presidente, el sacerdote jesuita José Avilés. Perros muertos dejados a las puertas de sus domicilios, las propias puertas untadas con excremento, agresiones verbales transformadas recientemente en amenazas, son señales de un hostigamiento nunca soslayable, pero menos en las actuales críticas circunstancias.

La ira armada que se desató el domingo en la tarde llegó hasta la misión jesuita, a cuyo local se le prendió fuego, que pudo ser controlado rápidamente. Lo mismo ocurrió en el dispensario y convento de la madres de María Inmaculada. El obispo coadjutor de San Cristóbal, don Raúl Vera, no pudo entrar el lunes por la mañana en Bachajón, pues se lo impidieron *Los chinchulines* enardecidos por el asesinato de su líder y compañeros.

Por supuesto no abogando sólo por los miembros de su orden, pero sí con base en el conocimiento cercano de la situación que deriva de que sus hermanos estén en riesgo, el provincial de los jesuitas, don Mario López Barrio, dirigió anteayer una carta al presidente Zedillo "en su calidad de garante del orden constitucional", y haciendo suya la angustia de las familias indias y mestizas, "para que se detenga el saqueo y quema de sus hogares, el daño económico y moral, y se evite la muerte y las heridas psicológicas de estos hermanos nuestros".

Para infortunio de todos, la violencia política que llega al asesinato, sólo de vez en cuando pasa de ser un acontecimiento banal. Además de lamentar los homicidios ya ocurridos en Chilón y demandar el castigo a quienes los cometieron, es preciso evitar que se repita el domingo sangriento que sufrió ese lugar.